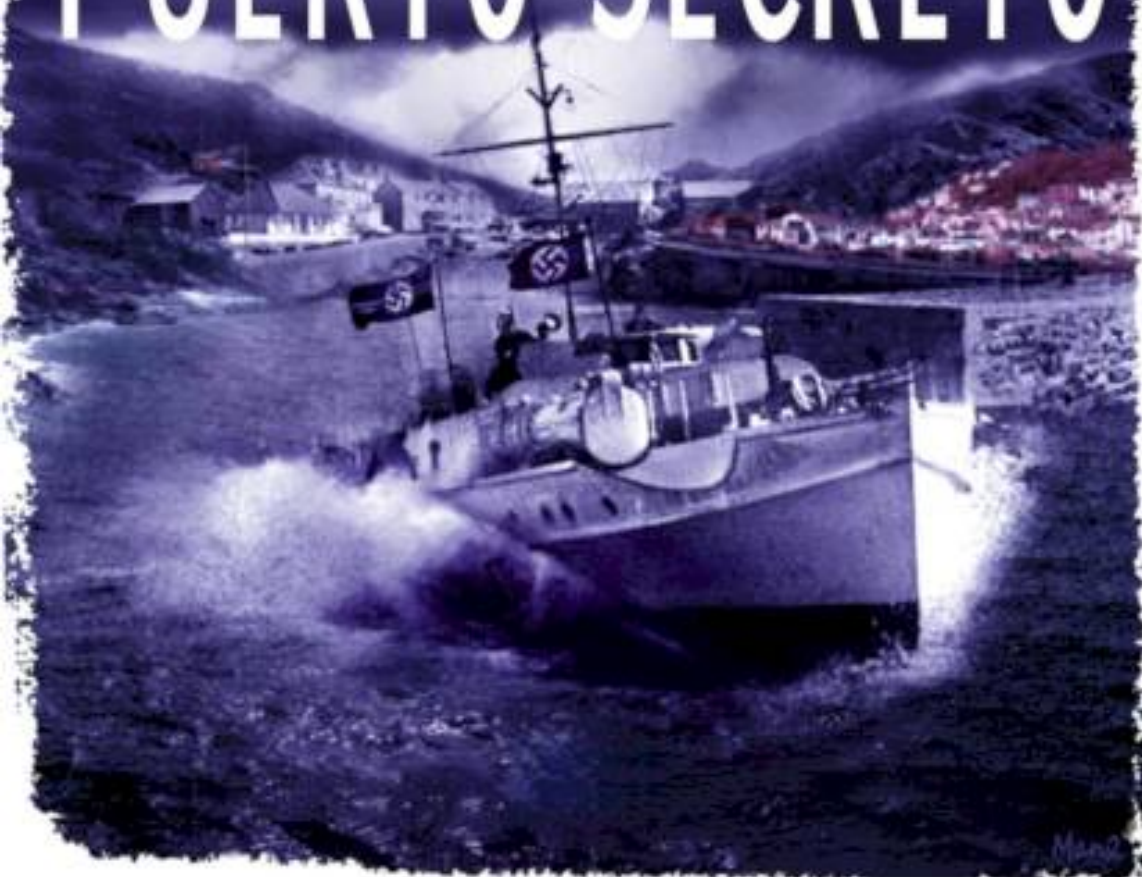


JACK HIGGINS

PUERTO SECRETO



En una oscura noche de Mayo de 1944, Craig Osbourne, agente secreto norteamericano, se encuentra flotando a la deriva en el mar, cerca de la costa de Bretaña. Cuando una lancha patrullera alemana surge en medio de la niebla, Craig que la guerra ha terminado para él. Pero al ser izado a bordo descubre, estupefacto, que el capitán alemán es un viejo conocido, compañero de sus días en Harvard.

Así comienza este fascinante thriller ubicado en el escenario de la segunda guerra mundial.

Y este para mi hija Sarah

1

Había cadáveres por todas partes, iluminados por la luz de la luna, algunos con salvavidas, otros no. Detrás, en el mar, ardía aceite hirviendo, y cuando la cresta de una ola alzó a Martin Hare, este alcanzó a ver lo que quedaba del destructor cuya proa ya estaba cubierta por el agua. Se oyó una sorda explosión, la popa se alzó en el aire y el barco comenzó a hundirse. Martin se deslizó por el otro lado de la ola, flotando con su salvavidas, y entonces otra ola rompió sobre él atragantándole, y casi perdió el sentido, mientras luchaba por respirar, consciente del intenso dolor que le provocaba el fragmento de metralla que tenía en el pecho.

La marea era muy fuerte en el canal entre las islas, corría por lo menos a seis o siete nudos. Fue como si se apoderara de él, arrastrándolo a una velocidad increíble y los gritos de los moribundos se fueron perdiendo detrás, en la noche. Otra ola lo volvió a levantar, quedó un momento como detenido en lo alto, casi cegado por la sal, y después volvió a caer como una tromba hacia una balsa salvavidas. Aferró uno de los asideros de sogas y miró hacia arriba. Había un hombre agazapado, un oficial japonés de uniforme. Hare notó que estaba descalzo. Se miraron feamente durante un instante, y entonces Hare trató de trepar a la balsa. Pero no le quedaban fuerzas.

Sin una palabra, el japonés se arrastró hacia adelante, lo tomó por el salvavidas y lo subió. En ese momento, presa de un remolino, la balsa empezó a girar como una peonza y el japonés cayó al agua de cabeza.

A los pocos segundos, ya estaba a diez metros de distancia, con el rostro blanco y muy visible a la luz de la luna. Empezaba a nadar hacia la balsa cuando a su espalda, cortando la espuma blanca de las olas, Hare vio la aleta de un tiburón. El japonés ni siquiera gritó, simplemente alzó los brazos y desapareció. Y entonces el que gritó fue Hare, como hacía siempre, y se sentó de un salto en la cama, con el cuerpo empapado en sudor.

La enfermera de guardia se llamaba McPherson, una mujer dura, nada amiga de tonterías, de cincuenta años, viuda, con dos hijos en la Infantería de Marina, que luchaban en las islas. Entró en la habitación y se quedó mirándolo, con las manos en jarras.

—¿Otra vez ese sueño?

Hare bajó los pies de la cama y tomó su bata.

—Sí. ¿Quién es el médico de guardia esta noche?

—El comandante Lawrence, pero no le servirá de nada.

Otro par de pastillas para que duerma un poco más, como lo ha hecho durante toda la tarde.

—¿Qué hora es?

—Las siete. ¿Por qué no se da una ducha mientras yo le preparo su uniforme nuevo? Podría bajar a comer. Le sentaría bien.

—Creo que no.

Se miró en el espejo y se pasó los dedos por su poco dócil pelo negro, ya salpicado de canas, aunque a los cuarenta y seis años era previsible. Era bastante buen mozo, aunque estaba pálido tras varios meses de hospital. Pero la desesperanza se le veía en los ojos, completamente inexpresivos.

Abrió un cajón del armario, cogió su encendedor y un paquete de cigarrillos y prendió uno. Ya tosía al encaminarse a la ventana abierta para mirar el jardín.

—¡Qué bien! —exclamó ella—. Le queda un solo pulmón sano y ahora trata de terminar con la obra de los japoneses. —Junto a la cama había un termo de café. Sirvió un poco en una taza y se la alcanzó—. Ya es hora de empezar a vivir de nuevo, comandante. Como dicen en las películas de Hollywood, para usted la guerra ha terminado. Y en realidad nunca debió haber empezado. Es un asunto para hombres jóvenes.

Él bebió un sorbo de café.

—¿Y entonces, qué tengo que hacer? —preguntó.

—Volver a Harvard, profesor. —Sonrió—. Los estudiantes lo adorarán. ¡Con todas esas medallas! No se olvide de ir de uniforme el primer día.

Él sonrió a pesar suyo, pero fue una sonrisa breve.

—Que Dios me ayude, Maddie, pero creo que no podría volver. He vivido la guerra, no puedo volver.

—La guerra le ha quitado la vida.

—Sí. Esa carnicería de Tulugú terminó conmigo. Y también parece que me incapacitó para cualquier otra cosa.

—Bueno, usted ya es adulto. Si quiere quedarse sentado en este cuarto e ir pudriéndose en silencio, es cosa suya. —Se encaminó a la puerta, la abrió y se volvió—. Solo le recomendaría que se peinara y se pusiera presentable. Tiene una visita.

—¿Una visita? —preguntó frunciendo el entrecejo.

—Sí, en este momento está con el capitán Lawrence. No sabía que tuviera contactos ingleses.

—¿De qué está hablando? —preguntó Hare perplejo.

—Dé su visitante. Alto rango. Un tal general de brigada Munro, del ejército británico. Aunque al mirarlo, nadie lo diría. Ni siquiera usa uniforme.

Salió y cerró la puerta. Hare se quedó de pie un instante donde estaba, mirando ceñudo; después se encaminó apresuradamente al baño y abrió la ducha.

El general de brigada Dougal Munro, un hombre de sesenta y cinco años, canoso y de una fealdad atractiva, vestía un traje de *tweed* que no le sentaba bien. Usaba gafas con montura de metal, de las que el ejército británico proporcionaba a oficiales de menor rango.

—¿Pero está en condiciones? Eso es lo que necesito saber, doctor —decía Munro.

Sobre el uniforme, Lawrence usaba una bata blanca de cirujano.

—¿Me pregunta si está físicamente en condiciones? —Abrió un expediente—. Tiene cuarenta y seis años, general. Recibió tres fragmentos de metralla en el pulmón izquierdo y pasó seis días en una balsa. Es un milagro que aún esté vivo.

—Sí, comprendo lo que me quiere decir —comentó Munro.

—Se trata de un individuo que fue profesor en Harvard. Según sabe, era oficial naval de la reserva, pues se había dedicado con éxito a los deportes náuticos y estaba muy bien relacionado. De pronto, al principio de la guerra, con cuarenta y cinco años, consiguió entrar a servir en lanchas torpederas. —Ojeó algunas páginas—. Estuvo en las batallas más importantes del Pacífico. Es comandante y tiene muchas condecoraciones. —Se encogió de hombros—. Todas las que existen, incluyendo dos cruces de la marina, después ese asunto de Tulugú... Ese destructor japonés causó tantos daños en su barco que estuvo a punto de hundirse; decidió entonces ponerle cargas explosivas y chocar contra el destructor. Lo voló, pero él debería haber muerto.

—He oído que casi todos los demás murieron —observó Munro.

Lawrence cerró el expediente.

—¿Sabe por qué no le dieron la Medalla de Honor? Porque fue recomendado por el general MacArthur, y a la Marina no le gusta que el ejército interfiera en sus asuntos.

—Deduzco que usted no es marino de carrera, ¿verdad?
—preguntó Munro.

—¡No, por todos los diablos!

—Bien, tampoco yo soy militar de carrera, así que, hablando claro, ¿le parece que está en condiciones?

—Físicamente, sí. Aunque creo que todo esto le ha quitado diez años de vida. La junta médica indicó que no debe volver al mar en servicio activo. Y considerando su edad, en este momento está en condiciones de que lo den de baja por motivos de salud.

—Comprendo. —Munro se palmeó la frente—. ¿Y de aquí arriba, qué me dice?

—¿De la cabeza? —Lawrence se encogió de hombros—. ¿Cómo saberlo? Decididamente ha sufrido una fuerte depresión de tipo reactivo, pero eso pasa. Duerme mal, casi nunca sale de su habitación y da la impresión de no saber qué hacer consigo mismo.

—¿Así que está en condiciones de salir del hospital?

—¡Por supuesto! Y desde hace semanas. Pero necesita la autorización correspondiente.

—Tengo esa autorización.

Munro sacó una carta del bolsillo, la abrió y se la pasó a Lawrence, quien, al leerla, lanzó un silbido.

—¡Dios! ¿Es tan importante?

—Sí. —Munro volvió a guardar la carta en el bolsillo, y luego tomó su impermeable y su paraguas.

—¡Dios mío, usted quiere mandarlo otra vez al infierno!
—exclamó Lawrence.

Munro sonrió con amabilidad y abrió la puerta.

—Si no tiene inconveniente, quisiera verlo ahora, capitán.

Desde el balcón, Munro miró las luces de la ciudad que brillaban en el crepúsculo, más allá del jardín.

—Washington es muy agradable en esta época del año.

—Se volvió y le tendió la mano—. Munro... Dougal Munro.

—¿General de brigada? —preguntó Hare.

—Así es.

Hare se había puesto un par de pantalones y una camisa de cuello abierto, y todavía tenía la cara húmeda del agua de la ducha.

—Me perdonará que se lo diga, general, pero usted es el hombre con menos aspecto de militar que he conocido.

—Se lo agradezco —contestó Munro—. Hasta 1939 fui egiptólogo profesional, me gradué en Oxford con honores. Me concedieron el rango de general de brigada para darme, digamos, autoridad en ciertos lugares.

Hare frunció el entrecejo.

—Un momento. ¿Huelo a Inteligencia en todo esto?

—Decididamente, sí. ¿Ha oído hablar del SOE, comandante?

—Servicio de Operaciones Especiales —contestó Hare—. ¿No dirigen a los agentes del territorio ocupado de Francia y todo eso?

—Exactamente. Fuimos los exploradores que precedieron a la gente del DSE de su país, que, me alegra poder decirlo, ahora trabajan en estrecha colaboración con nosotros. Yo estoy a cargo de la sección D del SOE, más comúnmente conocida como el «departamento de jugadas sucias».

—¿Y qué diablos quieren de mí? —preguntó Hare.

—En Harvard usted fue profesor de literatura alemana, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Su madre era alemana y, siendo niño, usted vivió mucho tiempo en Alemania con sus padres. Incluso cursó una carrera en la Universidad de Dresden.

—¿Y?

—Habla alemán con fluidez. Y el Servicio de Inteligencia Naval me ha informado que su francés es aceptable.

Hare frunció el entrecejo.

—¿Qué trata de decirme? ¿Intenta reclutarme como espía o algo por el estilo?

—Nada de eso —contestó Munro—. Verá, usted es único, comandante. No se trata solamente de que hable un alemán fluido. Lo que lo hace interesante es el hecho de que sea un oficial naval con amplia experiencia en lanchas torpederas y que además hable alemán.

—Creo que será mejor que me lo explique.

—Está bien. —Munro se sentó—. Usted sirvió en lanchas torpederas en el Segundo Escuadrón de las Solomon, ¿no es verdad?

—Sí.

—Bueno, esto es confidencial, pero puedo decirle que por expresa y urgente demanda del Departamento de Servicios Estratégicos, sus hombres serán transferidos al Canal de la Mancha para desembarcar agentes en la costa francesa, y recuperar a los que deban volver.

—¿Y me necesita a mí para eso? —preguntó Hare, sorprendido—. ¡Usted está loco! Estoy destrozado. ¡Dios! Si hasta me han propuesto que pida la baja por motivos de salud.

—Escúcheme hasta el final —pidió Munro—. En el Canal de la Mancha, las lanchas torpederas británicas lo han pasado muy mal por culpa de su réplica alemana.

—Los alemanes las llaman *Schnellboot* —acotó Hare—. Una lancha veloz. Un nombre muy bien puesto.

—Sí, bueno, por un motivo distinto nosotros las llamamos lanchas E. Como usted bien dice, son veloces, demasiado veloces. Desde que empezó la guerra, hemos estado tratando de apoderarnos de una y me alegra poder decir que el mes pasado lo conseguimos.

—¿En serio? —preguntó Hare, atónito.

—Creo que comprobará que siempre hablo en serio, comandante —aseguró Munro—. Una de las dos de la serie S.80. Tuvo un problema de máquinas durante una patrulla

nocturna frente a las costas de Devon. Cuando al amanecer se presentó uno de nuestros destructores, la tripulación abandonó la nave. Por supuesto que antes de abandonarla, el capitán colocó una carga para volarle el fondo. Pero por desgracia para él, la carga no explotó. Al interrogar al radiotelegrafista, nos enteramos de que el último mensaje que habían enviado a la base de Cherburgo comunicaba que la hundirían, lo cual significa que tenemos la lancha y que la Kriegsmarine no lo sabe. —Sonrió—. ¿Se da cuenta de lo que trato de decirle?

—No estoy seguro.

—Comandante Hare, en Cornualles hay un pequeño puerto de pescadores llamado Puerto Secreto. Solo son dos o tres docenas de casitas y una casa solariega. Está en una zona de protección, así que sus habitantes se mudaron hace mucho tiempo. Mi departamento lo utiliza para... digamos, operaciones especiales. Yo dirijo un par de aviones desde allí, aviones alemanes. Un Stork y un JU 88S de caza nocturna. Todavía conservan la insignia de la Luftwaffe y el piloto, a pesar de pertenecer a la RAF, usa el uniforme de la Luftwaffe.

—¿Y usted quiere hacer lo mismo con esa lancha E? —preguntó Hare.

—Exactamente, y ahí es donde entra usted. Después de todo, una lancha de la Kriegsmarine necesita una tripulación de la Kriegsmarine.

—Lo cual está tan en contra de las normas de guerra, que sería más que suficiente para que, en caso de ser aprehendida, la tripulación terminara frente a un pelotón de fusilamiento —señaló Hare.

—Ya lo sé. Como dijo una vez el general Sherman, la guerra es un infierno. —Munro se puso de pie y se frotó las manos—. Pero, las posibilidades son ilimitadas. Debo decirle, y esto también es información reservada, que todo el tráfico naval y militar del Servicio de Inteligencia de los alemanes está codificado en máquinas Enigma, un artefacto

que los alemanes consideran absolutamente seguro. Desgraciadamente para ellos, nosotros tenemos un proyecto llamado Ultra que ha logrado penetrar en el sistema. Piense en la información que eso nos proporcionaría. Señales de reconocimiento, códigos diarios para entrar en los puertos...

—Es una locura —dijo Hare—. Necesitaría una tripulación completa.

—Por lo general, la S.80, lleva una tripulación de dieciséis hombres. Mis amigos del Almirantazgo creen que diez bastarían, incluyéndolo a usted. Este es un proyecto conjunto, y tanto nuestra gente como la suya, está buscando los hombres indicados. Yo ya he conseguido al ingeniero perfecto. Un refugiado judío-alemán que trabajó en la fábrica Daimler-Benz. Allí se fabricaban los motores de todas las lanchas E.

Hubo una larga pausa. Hare se volvió para mirar la ciudad que se perfilaba más allá del jardín. Ya estaba completamente oscuro y al recordar Tulugú, se estremeció sin motivo aparente. Cuando tomó el paquete de cigarrillos le temblaba tanto la mano que, en lugar de sacar uno, se volvió y se la mostró a Munro.

—Mire esto. ¿Y sabe por qué? Porque tengo miedo.

—Yo también tuve miedo cuando volaba hacia aquí en la panza de ese maldito bombardero —confesó Munro—. Y volveré a tener miedo esta noche, en el viaje de vuelta, aunque esta vez volaré en una Fortaleza Volante. Creo que allí hay un poco más de sitio.

—No —dijo Hare con voz ronca—. No lo haré.

—Por supuesto que lo hará, —contradijo Munro—. ¿Y quiere que le diga por qué? Porque no tiene alternativa. Decididamente, no puede regresar a Harvard. ¿Va a volver a las aulas después de todo lo que ha vivido? Le diré algo acerca de sí mismo, porque estamos los dos en el mismo barco. Usted y yo hemos vivido la mayor parte de nuestra existencia de una manera cerebral, ocupados en las histo-

rias de otros hombres. Todo estaba en los libros, y de repente estalló la guerra, ¿y sabe qué, amigo mío? Ha disfrutado de cada uno de esos dorados minutos.

—¡Váyase al diablo! —explotó Hare.

—Es muy probable que lo haga.

—¿Y si me niego?

—¡No lo hará! —Munro sacó la carta del bolsillo interior de la chaqueta—. Creo que reconocerá la firma. Es la del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas norteamericanas.

Hare la miró, estupefacto.

—¡Dios mío!

—Sí, a él le gustaría cruzar unas palabras con usted antes de que nos vayamos. Es lo que uno podría llamar una orden, así que pórtese como un buen muchacho y póngase el uniforme. No tenemos mucho tiempo.

Al llegar a la Casa Blanca, la limusina se detuvo en la entrada del sótano oeste, donde Munro mostró su pase a los agentes del servicio secreto que realizaban la guardia nocturna.

—General de brigada —saludó el agente a Munro, y enseguida se volvió hacia Hare y lo saludó como solo saluda un hombre de Annapolis—. Comandante, es un gran honor conocerlo, señor.

Hare devolvió el saludo, vagamente avergonzado.

—Sígueme, señores —dijo el muchacho—. El Presidente les está esperando.

El Despacho Oval estaba en penumbra, solo iluminado por la lámpara del escritorio, que se encontraba completamente cubierto de papeles. El presidente Roosevelt estaba en su silla de ruedas, junto a la ventana, mirando hacia afuera,

y el cigarrillo colocado en su larga boquilla brillaba en la oscuridad.

Se volvió con la silla.

—Buenas noches, general.

—Señor Presidente.

—¿Y este es el comandante Hare? —Le tendió la mano—. Usted es un orgullo para su país, señor. Como Presidente, se lo agradezco. Ese asunto de Tulugú fue increíble.

—Hombres mejores que yo murieron al hundir ese destructor, señor Presidente.

—Lo sé, hijo. —Roosevelt sostenía la mano de Hare entre las suyas—. Todos los días mueren hombres mejores que usted y que yo, pero no tenemos más remedio que seguir adelante y hacer todo lo posible. —Tomó otro cigarrillo y lo colocó en la boquilla—. ¿Le ha explicado el general Munro todo lo referente al asunto de Puerto Secreto? ¿Le gusta la idea? Hare miró a Munro y vaciló antes de contestar.

—Una propuesta interesante, señor Presidente.

Roosevelt echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada.

—Una manera muy prolija de definirlo. —Hizo rodar la silla hasta el escritorio y se volvió—. Ya sabe que usar el uniforme enemigo está totalmente en contra de los términos de la Convención de Ginebra, ¿verdad?

—Sí, señor Presidente.

Roosevelt alzó la vista y la clavó en el cielo raso.

—Corrijame si estoy equivocado, general, ¿pero no es cierto que durante las guerras napoleónicas los barcos británicos ocasionalmente atacaban al enemigo bajo bandera francesa?

—Así es, señor Presidente, y por lo general navegaban en barcos franceses tomados como botín de guerra y luego incorporados a la marina británica.

—¿De manera que existe un precedente para este tipo de acción como legítima *ruse de guerre*? —preguntó

Roosevelt.

—Sin duda, señor Presidente.

—Hay que puntualizar —recordó Hare, que en esas acciones era habitual que los británicos enarbolaran su propia bandera justo antes de comenzar la batalla.

—Eso me gusta —aprobó Roosevelt—. Y lo comprendo. Si un hombre debe morir, que sea bajo su propia bandera. —Levantó la vista para mirar a Hare—. Esta es una orden directa de su comandante en jefe: a bordo de esa lancha E, usted llevará en todo momento una bandera de los Estados Unidos, y si alguna vez debe entrar en batalla, la enarbolará en lugar de la insignia de la Kriegsmarine. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor Presidente.

Roosevelt le volvió a tender la mano.

—Muy bien. Solo me resta desearle buena suerte.

Ambos estrecharon la mano de Roosevelt y, como por arte de magia, un joven teniente salió de entre las sombras para conducirlos a la salida.

—Un hombre realmente notable —dijo Hare cuando la limusina doblaba por Constitution Avenue.

—Le aseguro que se queda corto —afirmó Munro—. Es sorprendente lo que él y Churchill han logrado juntos. —Suspiró—. Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que se empiecen a publicar libros que demuestren lo poco importantes que realmente fueron.

—¿Escritos por académicos de poca importancia decididos a conquistar la fama? —preguntó Hare—. ¿Como nosotros?

—Exactamente. —Munro miraba las calles iluminadas—. Voy a extrañar esta ciudad. Le espera un *shock* cultural cuando lleguemos a Londres. No solo por la oscuridad, sino porque la Luftwaffe está intentando de nuevo bombardeos nocturnos.

Hare se recostó contra el respaldo del asiento y cerró los ojos, no porque estuviera cansado sino porque lo embargaba una repentina y violenta sensación de regocijo. Era